

**Género e Ideología. El discurso eclesiástico
sobre las mujeres en el Valladolid de finales
del siglo XIX**

por Esther Vega Marcos
(Centro de Investigación Histórica
de la Mujer. Universidad de Barcelona)

INTRODUCCION

La idea inicial de este trabajo fue acometer una primera aproximación y valoración crítica de la articulación de género* en las concepciones religiosas de finales del siglo XIX en Valladolid, a través de las exhortaciones pastorales y los sermones episcopales producidos en la ciudad¹. Acercarnos a la articulación de las concepciones religiosas de la diferencia sexual y observar sus derivaciones socio-políticas podía resultar una tarea reveladora y apasionante.

Después de una primera lectura de los textos pastorales, la ausencia de referencias a cuestiones de significada importancia para el estudio de las relaciones de género resultó notoria, sin embargo, en algunas ocasiones², los discursos adquirían una complejidad y riqueza extraordinaria. Sí pudimos observar, no obstante, cómo, a partir de mediados de siglo, la documentación aumenta considerablemente, confirmando un progresivo interés por el debate generado en torno al papel que debía desempeñar «la mujer» en la sociedad, revelando un determinado sistema de significados. La abundancia de tesis³ documentadas en Valladolid y presentadas en las universidades cercanas, la Complutense y la Central de Madrid, a partir de los años

*En el trabajo se ofrece una bibliografía dispersa, anglosajona, respecto al concepto «Gender» En nuestro idioma, son interesantes los artículos de carácter general de MILAGROS RIVERA, «Corrientes historiográficas en el análisis de la presencia de las mujeres en la Historia. Langaiaik, nº 2, IPES. M. CARBONEL, M. NASH, M. RIVERA, Le storia delle done in Spagna, *Quuaderni Storici*, nº 63, 1986.

1. Señalo, a modo de ejemplo, entre una abundante documentación, Fondos Históricos de la Biblioteca de Santa Cruz (F.B.Sta.C). Leg. 49, 2ª P, n.ºs 3674-3676 BENITO SANZ FLORES, Arzobispo de Valladolid, Sermón y pastoral a sus fieles, Valladolid, 1894. Leg.73, n: 4409 MANUEL JOAQUÍN MORON, Obispo de Valladolid, *Prevención y aviso pastoral*, Valladolid 1889.

2. Los legajos que menciono seguidamente han sido sobre los que he trabajado en profundidad, especialmente el primero de ellos, sobre el segundo me detendré someramente en este artículo aunque sus primeras páginas desarrollan un discurso muy interesante sobre el papel de la mujer en la Historia y a él aludiremos en algunas ocasiones; en la III y IV parte del mismo se ofrece una «nueva» teorización sobre la psicología y el cuerpo femenino en la que nos detendremos escuetamente, a pesar de su significada importancia, por exceder los límites del presente artículo. Ambos, ofrecen una versión «cientifista», intelectualmente más compleja y sutil. No olvidemos, que la palabra del médico y la del sacerdote, máxime si éstos se encuentran en lo alto del escalafón social al que pertenecen (como ocurre en el caso que nos ocupa) son palabras de autoridad por excelencia en el Valladolid decimonónico. F.B.Sta.C Leg.11, 2ª P, nº 870 Dr. D. JUAN GONZALEZ, Chantre de la Iglesia Metropolitana, *Sermón sobre las tres coronas de la mujer católica*, reimpreso en Valladolid, 1877. F.B.Sta.C. Leg. 10, 1ª P, n: 798 DANIEL DE ZULOAGA Y SANTOS Sobre la condición social de la mujer, discurso inaugural leído en la Universidad de Valladolid durante el curso 1883-1884.

3. Ver entre otras, Leg. 8, 1ª P, nº 676 J. FLORIT DE ROLDAN, Consideraciones político-fisiológicas sobre la mujer, Tesis, Universidad Complutense, 1851. Leg.1, 4ª P, n: 105 EMILIO LORENZO SARMIENTO *Las diferencias que se hallan entre el hombre y la mujer dependen de su organización*, Tesis leída en la Universidad Central, Madrid, 1854.

cincuenta, así como de artículos periodísticos⁴ referentes al tema, aunque originarias de ámbitos distintos al religioso, creemos consolidan la anterior afirmación.

1. GENERO E IDEOLOGIA RELIGIOSA

Las creencias religiosas parecen responder a un primer deseo: la necesidad de aprehender y entender lo que nos rodea. La religión, señala Scott, es «un parámetro de interpretación del mundo»⁵. Esta necesidad humana primigenia, entendida dentro del proceso histórico, se transforma al estar en contacto con los intereses económicos y políticos. El complejo orden simbólico contenido en las religiones, mantiene de hecho, estrechas relaciones con las construcciones ideológicas de poder y se estructura a través de discursos que se manifiestan, la mayoría de las veces, abiertamente jerárquicos, patriarcales e inmutables. «La Historia de la religión, desde los dioses antiguos a los del siglo XX es incomprensible si se trata como neutral con respecto al género».⁶

Los discursos propuestos por las religiones han sido utilizados, una vez transpasada una fase inicial abiertamente transgresora —en la que parece detectarse un mayor protagonismo de las mujeres⁷— como razones de poder de un sexo sobre

4. Véase al respecto, M^a DOLORES LOBATO VILLENA y M^a PISONERO GARCIA «Un paréntesis feminista en El Norte de Castilla del s. XIX» I Congreso de Historia de Castilla y León, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1983, Vol. III, p. 447-461.

5. J. W. SCOTT, A. B. D. RABINBACH, «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera». *Historia Social*, n. 4, primavera-verano 1989. De SCOTT señaló también su artículo «El Género: Categoría útil para el análisis» en *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Edición a cargo de James Amelang y Mary Nash, Ed. Affons El Magnanim, Institució Valenciana D'Estudis I Investigació, Valencia, 1990. Ver también el artículo de IDA BLOM, profesora del Departamento de Historia de la Universidad de Bergen, Norway, «Gender as a category analysis: an interdisciplinary perspective». Paper given at the Postgraduate Course on Coeducation an Nonsexist Education, Barcelona, 19th February, 1990 P.1-20.

6. GISELA BOCK «La historia de las mujeres y la historia de los géneros. Aspectos de un debate internacional» *Gender and History*, vol. 1 n. 1. Spring 1989

7. En este sentido, MAX WEBER en *The Sociology of Religion*, Boston 1964, pp. 104-106, comentaba que las mujeres son especialmente sensibles a movimientos religiosos o proféticos que no tengan carácter militar o político y KEITH THOMAS en su obra «Women and the Civil War Sects», *Past and Present*, 13, abril, 1958, p.42-62 /Traducción castellana, 1983/ va más allá de los presupuestos de Weber que relacionan esta receptibilidad con la histeria y dice textualmente «el estatus espiritual y el campo de actividad —emocional o no emocional— que se ofreció a las mujeres, fue lo que las atrajo a las nuevas religiones. Cuanto mayor igualdad espiritual entre los sexos mayor número de mujeres en el movimiento». Siguiendo esta línea argumental, REGINE PERNOUD sugiere en su libro *La mujer en el tiempo de las catedrales*, Colec. Plural Historia, 1982 /Edición original francesa, 1980/ que durante los trescientos años de vida subterránea del cristianismo, las mujeres constituían un elevado y activo número de miembros porque para ellas esta nueva doctrina suponía una incipiente vía de reivindicación... «actualmente no tenemos la medida cabal de lo que esta actitud (rechazar al marido que las asignaba su padre y conservar la virginidad «con vistas al reino de Dios») tenía de anormal en su tiempo y hasta de monstruoso» pp. 24-25. BONNIE S. ANDERSON y JUDITH P. ZINSSER comentan en su *Historia De Las Mujeres: Una Historia Propia*, Vol. I Ed. Crítica, 1991, «El cristianismo, en buena parte debido a su énfasis inicial en la igualdad de todos los creyentes y a sus ideas divergentes sobre la sexualidad, llegó a transformar algunos de las antiguas tradiciones sobre las mujeres... Durante los primeros años de religión cristiana se permitía a las mujeres una gama más amplia de actividades que en los siglos posteriores. Aunque en el s. IV las funciones de las mujeres fueran severamente restringidas con la institucionalización de la Iglesia cristiana, las más amplias funciones para las mujeres, mencionadas en el Nuevo Testamento, siguieron formando parte de la herencia cultural europea» p. 48.

otro. Estos alegatos que justifican o niegan las desigualdades, originan en el sentido foucaultiano, formas totales de pensamiento y, contienen un conjunto de modelos y relaciones que rigen el sistema cultural, así como información sobre la organización individual, social e institucional.

Las religiones, en nuestra cultura, la religión católica y, tras ella, los hombres social e intelectualmente «autorizados», han ido proponiendo distintos discursos afianzadores y perpetuadores de las relaciones jerárquicas de género, sobre todo desde el siglo XVIII⁸, imponiendo una teorización normativa y proscriptiva no exenta de un claro interés en mantener o interferir en un sistema socio-económico y cultural determinado dentro del momento histórico concreto.

2. EL SERMON COMO VEHICULO PROPAGANDISTICO

La iglesia cumple, desde el primer cuarto del siglo XIX, mediante el discurso religioso una importante función consolidadora del orden social establecido. Tras la liquidación del Antiguo Régimen, es, como veremos, fundamental en el control del comportamiento antisocial. No deberíamos perder de vista la omnipresencia de la Iglesia católica en la sociedad española ni su tremenda influencia ideológica sobre la población.

Valladolid no está al margen de las intermitentes oleadas revolucionarias que se produjeron a lo largo de los años sesenta en toda la península. Durante el año 1865 se observa una ruptura del equilibrio económico⁹ que provoca la pobreza repentina de amplias capas de la población y la ciudad «se llena de mendigos»¹⁰. BLAS LOPEZ MORALES señala a mediados de siglo cómo la carestía y el descontento social no pudo tener otras consecuencias que «la amenaza del orden público, el principio de autoridad y la conservación de la propiedad y de la familia». Aunque, la Iglesia vallisoletana había visto muy resentido su poder tras la disminución del patrimonio y de las atribuciones que tradicionalmente ostentaba, esquilados por la desamortización, el clero parece comprender que mantener una beligerancia continua con el Estado liberal no le llevaría a ninguna parte». Tras el concordato de 1851, la Iglesia se alía con la burguesía moderada¹¹ y reaccionará con dureza ante el anticlericalismo con El Concilio Vaticano I; en el «Syllabus Errorum» de 1864,

8. J. W. SCOTT... *Op. Cit.*, p. 90.

9. Aunque la década de 1856 al 1865 supuso para la ciudad un período de gran expansión, durante el año 1865 se observa una ruptura del equilibrio económico, la quiebra del sistema financiero y del sector industrial junto a la debilidad de una agricultura eminentemente extensiva son determinantes en este proceso. Véase, entre otros, en la obra, *Valladolid en el siglo XIX, Ateneo de Valladolid*. Ed. 1985, CELSO ALMUIÑA, «De la vieja sociedad estamental al triunfo de la «burguesía harinera» p.17-238., ELENA MAZA ZORRILLA, «La sociedad en la segunda mitad del siglo XIX» p.377-406, RAFAEL SERRANO GARCMA, «Problemática social y orígenes del movimiento obrero(1868-1900)» p.407-430.

10. Véase al respecto, además de las obras arriba citadas, BLAS LOPEZ MORALES, *La cuestión de las subsistencias*, Valladolid, 1856. Sobre el tema de la desamortización: GERMAN RUEDA, *La desamortización de Mendizábal en Valladolid (1836-1853)*. Transformaciones constantes en el mundo rural y urbano de Castilla la Vieja. Valladolid, 1980. JOSE RAMON DIEZ ESPINOSA, «Opinión pública y desamortización en el Valladolid de Isabel II» y ELENA MAZA ZORRILLA, «Crisis y desamortización a principios del siglo XIX. Su reflejo y significado en la asistencia social vallisoletana» en *Investigaciones Históricas*, nº 4, Valladolid, 1983.

11. M. ARTOLA GALLEGU, *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Alianza Ed. Madrid, 1987, p. 335.

radicalizará su postura en todo lo referido a normas y creencias. En nuestra ciudad, aunque ALMUIÑA señala que «la religiosidad, al menos las prácticas religiosas son muy numerosas», el aumento del proletariado urbano y la gran carestía de amplias capas de la población podía convertirse en un peligroso caldo de cultivo para el desarrollo de la nueva conciencia igualitaria «propugnada por el socialismo». «A fin de solucionar el conflicto y prevenir futuros acontecimientos se levantaron las voces de las clases medias solicitando una “cruzada” a manera de santa hermandad contra los infames incendiarios, al mismo tiempo que la conveniencia de fomentar la educación moral, religiosa y social de las clases jornaleras, encargando al clero dicha misión...»¹². Se temía tanto, desde los sectores de poder, el brusco desencanto social de las masas más desfavorecidas que cualquier canal propagandístico pacificador era considerado de vital transcendencia para el mantenimiento del orden establecido. En este sentido, es de destacar el papel ideológico de los sermones, «auténticos vehículos de influencia de la Iglesia sobre las masas analfabetas de la ciudad y áreas rurales».¹³ Estas cartas y sermones eran leídos en todas las parroquias de la diócesis en la misa parroquial en uno o sucesivos domingos. Sabemos que el analfabetismo no es extremo en Valladolid comparándolo con el de otras ciudades españolas —se dan para estas fechas datos que oscilan entorno a un 42% de población alfabetizada—, aunque debemos suponer una menor alfabetización femenina. Si a esta realidad añadimos, que la proporción en favor de la enseñanza privada —todavía segregada— es aplastante, y está en manos de la Iglesia, resultará fácil imaginar la preferencia eclesiástica por la trasmisión verbal de los códigos morales sobre la población iletrada. Como señala LOPEZ-CORDON «En una sociedad donde la mayoría de las mujeres son analfabetas, la expresión oral se convierte en el único medio de comunicación ideológica y en el elemento fundamental de adoctrinamiento y de aprendizaje»¹⁴.

3. LAS RAICES IDEOLOGICAS DEL DISCURSO DE JUAN GONZALEZ

*«... quisieran que la Religión no fuese sino un mero pensamiento.
o lo más un hábito muerto sin ninguna influencia positiva y eficaz sobre la
regla de vida y costumbres. Pero ¡cuánto se engañan!»¹⁵*

Don Juan, chantre de la Iglesia metropolitana, era muy consciente del poder de la palabra en la educación de las conciencias. La Iglesia es, como veremos, durante todo el siglo XIX, fundamental en la trasmisión de unos valores sociales, cada vez más politizados.

Una de las cuestiones más interesantes del sermón —que después retomaremos— es constatar cómo ahora en un discurso que se presupone específicamente para mujeres, se las hace copartícipes de opiniones y valoraciones sobre la realidad

12. JOSE RAMON DIEZ ESPINOSA, *Op. Cit.*, p. 362, citando como fuente del comentario el ya mencionado libro de BLAS LOPEZ MORALES .

13. M. ARTOLA GALLEGO, *Op. Citada*

14. M.^a VICTORIA LOPEZ-CORDON, «La situación de la mujer a finales del Antiguo Régimen (1760-1860) en *Mujer y sociedad en España.*» 1700-1975, Rosa Capel Ed. p. 47-105.

15. Dr. DON JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p. 15. (*) El resto de las citas del párrafo siguiente por orden de aparición en el trabajo, p. 6, p. 10, p. 5, p. 15.

social y política. Aunque en palabras del chantre, «el sacerdote no es un hombre de política», una detenida lectura evidencia lo contrario. El tono de su discurso se torna especialmente enfervorizado al hablar de la realidad social del país, desea «dar a conocer la pavorosa gravedad del presente momento social». Se erige casi en un salvador ilustrado, «amante de que a la ciencia se le den puntos luminosos que engendren progresos y liberalismo intelectual». Bajo esta llamada al cientifismo en busca de autoridad intelectual, tan acorde con la época, es difícil ocultar una clara postura ideológica con evidentes connotaciones políticas que basa su credo en, «que a los ricos se les ampare con todo género de defensas contra las constantes amenazas del proletariado seducido». Propone al siglo XIX como «siglo de ensayos» y proclamará al siglo venidero como el de «la resurrección social europea» después de tantas «crisis peligrosas». «La moderna civilización eleva en su seno un germen de muerte, porque o no cree en Dios, o presume que puede pasarse sin él... convertida la actual sociedad en una nueva Pentápolis que se abrasa y arde en lujuria».

No es el párroco de cualquier iglesia vallisoletana el que expresa su opinión, es el chantre - la calidad de «chantre» o antiguo maestro de ceremonias, conlleva en el siglo XIX, como título honorífico que es, un alto grado de dignidad y credibilidad dentro del orden eclesiástico y social - el que habla en la iglesia de Las Angustias, una de las más representativas de la ciudad; ni tampoco son los oyentes los fieles de cualquier parroquia, estaríamos ante un elegido público, aristócrata y burgués, y ante una nutrida audiencia de clase media con ínfulas emuladoras. Las mujeres pertenecientes a esos sectores de población serían, en teoría, las receptoras directas del sermón.

Los discursos que genera el sistema cultural son reflejo de unos intereses socio-políticos determinados. Se teoriza en función de mantener o crear unas relaciones de clase y de género que posibiliten el afianzamiento o sostenimiento de las estructuras de poder que las originan. En este sentido, Juan González desarrolla un determinado discurso, testimonio de las posturas de la Iglesia ante la coyuntura política y social del Valladolid de finales de siglo aunque éste quisiera ocultarse bajo una pretendida neutralidad.

3.1. ¿Qué modelo de «mujer» propone?

En el poema que antecede al sermón titulado, significativamente, «A La Virgen Inmaculada», comienzan a proyectarse imágenes y símbolos que serán recurrentes: la Virgen sinónimo de tierra, madre, amor, mujer santa... El colofón poético final que nos la presenta como «madre y modelo» supone la síntesis perfecta de la imagen de la mujer que se quiere promocionar.

Las pautas de construcción social de la femineidad y el código de comportamiento social previsto para las mujeres en la doctrina católica se origina con la descripción de papeles opuestos, dicotómicos, que identifican y contrastan cualidades y características abstractas definidas como inamovibles. Estas pautas, tienen su base primordial en la diferenciación sexual, entorno a la cual se postulan diferencias jerárquicas, relaciones de poder y subordinación. El código de comportamiento social, muy limitado por esta división estratificada, se articula en el nivel más profundo mediante los moldes masculino-femenino. La propia religión católica, transmisora de símbolos, modelos y comportamientos, es partícipe, en gran medida, del afianzamiento de esta jerarquización durante todo el siglo XIX.

El término «mujer» equivale en el texto a una abstracción, una entelequia poco acorde con la pluralidad real, sin embargo, no está desconectado de la realidad social, al establecerse entorno a él reglas y articularse límites y comportamientos. Se articulan modelos que limitan la variedad del comportamiento social de las mujeres, los más socorridos se originan en la división dicotómica por antonomasia: EVA frente a la VIRGEN. «La perversidad femenina, ese típico milenario de la moral cristiana, es uno de los signos más característicos. La mujer es asociada al mal porque desde el principio de los tiempos y a través de la imagen de Eva, ésta se rinde a la ambición. La mujer es explicada como un agente provocador. Esto nos lleva a otro de los rasgos definitorios del carácter femenino: la pretendida incapacidad moral e intelectual provocada por su débil naturaleza».¹⁶

«Es la mujer, en efecto, un ser dotado de tan singulares cualidades y circunstancias, que *llegaría a ser un monstruo* si no fuese profundamente religiosa.»

«... la parte inmensa que tuvo la mujer en la ruina del género humano, prestando dócil oído a la sugerencias del ángel de la mentira y de la muerte, *oblígala a mostrarse como co-redentora* haciendo guerra sin tregua al espíritu rebelde y a todas sus obras durante este convulsivo período de lucha y pruebas, que se llama vida. *Pesa además sobre la mujer una deuda inmensa de gratitud al Cristianismo* que, ante el marido y los hijos, le ha devuelto su dignidad redimiéndola de la esclavitud y abyección en que se hallaba, y elevándola a la categoría de señora de su casa donde antes no era sino un mueble, una mercancía o una bestia de carga»¹⁷ (Mi subrayado)

Se reincide en una interesada manipulación del complejo de culpa, asociado a todas las mujeres desde los orígenes, como pago al pecado original que se convierte en el estigma femenino por antonomasia. Este mensaje culpabilizador ha sido esgrimido por la Iglesia y por otros ámbitos intelectuales en otros momentos históricos aunque ahora, en un ardid casi paradójico, se desarrolla un discurso ambiguo que encubre, tras el triunfalismo consiguiente a la «liberación» de la opresión ejercida sobre las mujeres un afianzamiento de la misma, articulando un lenguaje de dominación más sutil. Estaríamos, al mismo tiempo, ante la teorización de una nueva opresión con reconocimiento social que confina a las mujeres, en pos del bien común, en el ámbito doméstico... «El Cristianismo ha ennoblecido (a la mujer) y ha puesto en su frente la diadema de reina de la familia»¹⁸.

Los discursos, como el que nos ocupa, que pretenden afianzar la cara siempre maléfica de la Eva mítica alcanzan a detenerse, exclusivamente, en la misteriosa y aterradora oscuridad de lo femenino y suelen derivar, como comenta RICART, hacia la suposición de la inferioridad intelectual de las mujeres, el mundo de la razón no les pertenece y se las delimita en el espacio de los instintos como a seres no evolucionados, dominados por todo tipo de pasiones, «porque amando la mujer

16. DOLORES RICART I SAMPIETRO, «La iglesia y el mundo femenino». *Historia de una marginación. La mujer en España*. Historia 16, n.º145, 1988, p. 64.

17. DR. JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p. 13.

* Todos los subrayados que aparecen en las citas son de la autora.

18. *Ibidem*, p. 13

tan naturalmente... amando por instinto y no por razonamiento, su amor es como su fe, y ama como cree, porque Dios lo quiere, sin conocer las causas de su amor, ni su naturaleza, ni sus consecuencias».¹⁹ Así entendido, el único modelo capaz de contrarrestar el pecaminoso atrevimiento de Eva es aquel que es apto para ofrecer un opuesto salvador, «un modelo alternativo, un contrapunto con el que identificarse, que le permitiera el control de las cualidades negativas atribuidas a su propia naturaleza. Alternativa materializada en el ideal femenino basado en la imagen de la VIRGEN MARIA. Esta, al vencer a la serpiente se contrapone a la acción de Eva y adquiere para las mujeres unos méritos capaces de trascender sus inclinaciones, redimiéndolas para una finalidad más elevada»²⁰.

«Pues bien, Dios ha querido que ese castillo, aun siendo al parecer tan débil, no esté guardado más que por sí mismo... dotándola de un arma poderosa... arma invencible, como no la haga pedazos la mujer misma. *Tal arma es el pudor, la castidad o pureza... la pureza es por excelencia y por instinto la virtud de la mujer*»²¹.

A lo largo de los siglos la VIRGEN, como referencia simbólica positiva y única a imitar, se ha venido perpetuando y transmitiendo en libros y sermones desde los más diversos ámbitos eclesiásticos²², en el sermón, Juan González, partiendo de ese mismo modelo, crea metáforas intelectuales aplicables a las mujeres reales, intentando equiparar las virtudes marianas con comportamientos sociales modélicos. Virtudes como la pureza, la castidad, la dulzura, el pudor, la virginidad, la honestidad, etc, trascienden simbólicamente, transformándose en características innatas del modelo «mujer»²³.

19. *Ibidem*, p. 20. En semejante sentido se expresa en la misma página con un lenguaje más retórico «... encauzando (la mujer), digámoslo así, las aguas impetuosas de su corazón que, desbordándose por tantas impresiones y tempestades como combaten a las imaginaciones ardientes, no habría campaña por donde no llevasen el naufragio y la muerte, aún de ella misma, las pasiones de la mujer».

20. DOLORES RICART I SAMPIETRO, *Op. Cit.*, p. 64. La autora desarrolla su argumentación en la misma dirección que apuntaremos posteriormente, la imitación por parte de las mujeres de los valores exaltados —humildad, pureza— resultará la única salida decorosa; matizará, no obstante, cómo ambos modelos tienen el rasgo común, la subordinación al elemento masculino.

21. DR. JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p. 20. Véase al respecto en la p. 17: «Sed ángeles, para que seáis la honra, el ornamento y la verdadera elegancia de la poblaciones... En esta empresa vais notablemente acompañadas, pues lleváis de abanderada en ella a la siempre purísima Virgen María, a muchas mnclitas mujeres de la Antigua Ley, como las Rebecas, las Ruth, las Saras, las Judith y las mil mas, y a ese innumerable ejército de vírgenes cristianas, de madres honestas, de viudas ejemplares...»

22. RICART cita, a modo de referencia, la figura del obispo Francisco Armaña de Tarragona que, a mediados del siglo XVIII en uno de sus sermones explicaba cómo un modelo ideal podía actuar sobre el carácter.

23. DR. JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p 11. Apoyando el comentario hecho en el texto observemos de que forma el chante metamorfosea esas cualidades abstractas en «cualidades sociales»: «... antes bien, todo suele perecer entre las manos de esos hombres de palabras (se refiere a los filósofos y oradores); al paso que la mujer, maestra de la vida práctica, de la vida íntima, de la vida tierna, de la vida feliz de las familias, ese ángel del sueño de sus hijos, ese bálsamo de los dolores de su marido, obteniendo el sentimiento enérgico de la verdad, le da vida con todo el calor de una pasión...» y ZULOAGA Y SANTOS, *Op. Cit.*, pp. 15-16, refiriéndose a la antigua Grecia y a la condición de las mujeres en esa cultura, se refiere a la noble matrona con las siguientes palabras: «Se la educa para el cuidado de la casa, de los hijos y en no dedicarse a trabajos impropios de su sexo» p.15, en el polo opuesto, y sin discernir posibles soluciones intermedias, sitúa a la cortesana: «Es libre, sedienta de placer, busca la instrucción como medio de agradar, de comunicarse con los hombres y de triunfar sobre sus compañeras por sus cualidades físicas, su discreción o por su talento» p. 14. «La una (la matrona) es el espíritu; a la otra la guía la materia» p.15. En otras palabras, la una es MARIA, la otra EVA, el médico no puede evitar trasladar sus propios esquemas simbólicos en el estudio histórico que introduce su discurso.

Estas dos figuras antinómicas son las referencias teóricas más comunes en la producción literaria de la Iglesia, una está fuertemente enraizada en la trasmisión misógina que define a «la mujer» como es -irreflexiva, pasional, diabólica- y la otra, especula con la sublimación del cómo debería ser -casta, inocente, virginal-, produciéndose un salto metafórico sin pasos intermedios: de la «mala mujer» real a la «anhelada mujer» imaginada.

3.2. ¿Por que dirige el sermón específicamente a «la mujer»?

Comenta Karen OFTEN que, hasta 1880, la cuestión de la mujer es una cuestión socialmente integrada dentro del debate global sobre los cambios sociopolíticos europeos, «madre, mujer, naturaleza, fueron base de unos argumentos en los que la mujer formaba parte de un proyecto común»²⁴. Habrá que esperar a que ese decenio termine para que el discurso empiece a individualizarse.

En Valladolid, del año 1863 al 1865 se había desarrollado lo que LOBATO Y PISONERO llaman «un paréntesis feminista» en *El Norte de Castilla*, indirectamente influenciado por Concepción ARENAL, «surgen destellos feministas al desgaire, esporádicamente, sin línea fija ni claridad, perdidos en una época en que los supuestos derechos de la mujer no preocupan a la sociedad española, zarandeada por varios acontecimientos políticos y firmemente conservadora en su mayor parte, en materia de costumbres»²⁵. Este feminismo de vanguardia no cala en la conciencia social vallisoletana, se relega, aunque el tema de la mujer, interesa desde perspectivas menos progresistas y no se olvida. «Poca novedad podéis esperar de mi discurso, dada la elección de un tema, excesivamente gastado por amplias discusiones, a que la prensa y en todos los centros del saber se ha sometido»²⁶. Las reflexiones imperantes en el periódico y en el púlpito no individualizan a las mujeres —el término «mujer» es utilizado como una ruda abstracción— sino que las restringe a su función de madres, en el sentido familiar y también en el sentido social, integrándolas en el mensaje dominante, liberal y burgués, que asocia «bien familiar» con «bien comunitario» y a éste con «bien político».

3.3. ¿Cabe una identificación de los sujetos «mujeres» con su simbólico?

Para PAREJA Y SERRADA, la relegación, el aislamiento, «la superioridad que se atribuye el hombre, la relación de dominio y subordinación que se establece entre los cónyuges, junto con la disipación de la dote, son factores que explican por qué la

24. KAREN OFTEN, «Liberty, Equality and Justice for Women: The Theory and Practice of Feminism in Nineteenth Century Europe». En, *Becoming Visible. Women in European History*. Houghton, Mifflin, Boston, 1987.

25. M.ª DOLORES LOBATO VILLENA y MARMA PISONERO, «Un paréntesis feminista en «El Norte de Castilla» del siglo XIX», *Primer Congreso de Historia de Castilla y León*, Volumen III, Ed. Junta de Castilla y León, Valladolid 1983, pp. 447-461. Es interesante también acercarse a los escritos de CONCEPCION ARENAL para observar el discurso puntero feminista, nada extremo para nosotros-as actualmente, aunque muy avanzado para el momento histórico, que propone en las obras: *La mujer del porvenir*, *La mujer de su casa*, Orbis, Colec. Grandes Escritoras, n.º 38, Barcelona, 1989.

26. DANIEL DE ZULOAGA Y SANTOS, *Op. Cit.*, p. 9.

mujer busca refugio en la oración y la Iglesia o en las lágrimas»²⁷. En tono un tanto desconsolador, aunque no por ello menos plausible, añade a aquella tesis inicial propuesta en el trabajo y que vinculaba a las mujeres con el inicio de los movimientos religiosos, una hipótesis a considerar para el período que nos ocupa. El peso de una religión, que poco tenía que ver con aquella primera cristiana, muy «cargada» ya de la ideología patriarcal, es sin embargo, importantísimo para las mujeres del siglo XIX. La iglesia, añadía a su tradicional misión de consejera y guía moral, la heroicidad de la rehabilitación social de la mujer, no de cualquier mujer, sino de aquella que se dispone a cumplir con un rol asignado desde el nacimiento, marcado por la costumbre social y la educación religiosa e interiorizado por la mayoría de las mujeres. Si observamos todos estos factores podremos empezar a entender la notable captación de mujeres para las «causas de la fe» y también comprenderemos y admiraremos las, no tan escasas, disidencias. Porque, tampoco era viable por igual un discurso que se dirigía fundamentalmente a todas ellas pero que sólo era asimilable en todos sus términos por las mujeres de determinada posición social.

Desde la Edad Moderna y con especial fuerza desde el siglo XVIII, la actividad pastoral de la Iglesia a través de sermones, doctrinas cristianas y tratados diversos sobre la vida cotidiana se preocupa con insistencia de la condición femenina y no de forma casual.

4. ¿QUE INTERESES SE OCULTAN TRAS EL NUEVO «PROTAGONISMO SOCIAL» DE LAS MUJERES EN LOS TEXTOS INTELECTUALES Y RELIGIOSOS DEL VALLADOLID DECIMONONICO?

OFTEN ya observó cómo la cuestión de «la mujer» estaba integrada dentro del debate global sobre los cambios sociopolíticos europeos hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XIX, pensadores como FICHTE o HEGEL, influídos por el Código Napoleónico, se pronunciaban por una familia que, tutelada por la potestad del padre, se constituía en fundamental célula social y establecían unos rígidos límites entre las esferas pública y privada, definiendo el rol social de las mujeres dentro del ámbito familiar. Esta estructuración de lo social resulta fundamental para enten-

27. Recogido en la obra de MARY NASH. *Mujer, Familia y Trabajo en España (1875-1936)*. Ed Anthropos, Barcelona, 1983, p. 126. Esta autora menciona, entre otras, la obra de ANTONIO PAREJA SERRADA, *Influencia de la mujer en la regeneración social*, Guadalajara, «La Autora», Establecimiento Editorial de D. Antero Concha, 1880 o el artículo del mismo autor «Las mentiras convencionales de nuestra civilización. (La mentira matrimonial)», *Acracia, Revista Sociológica*, año III, núm. 28, abril de 1888, en el que juzga severamente la institución matrimonial porque «En una sociedad que no conoce la solidaridad y donde cada uno trabaja para sí y deja perecer al prójimo, los hijos morirían si los padres no los criasen. La madre no puede atender sola al sustento de sus hijos, porque en esta sociedad egoísta el hombre se ha reservado todas las profesiones lucrativas; el trabajo femenino produce, pues, utilidades insuficientes; en consecuencia el padre ha de ayudar a la mujer y esto sólo puede hacerse mediante una cadena que sujete indisolublemente el hombre a la mujer a quien desee hacer madre, estableciendo además que cada hombre debe tener hijos de una sola mujer y cada mujer ha de tenerlos de un solo hombre.... No hay excusa para el engañado ni menos para el que luego ama a otra mujer; la sociedad no tolera que nadie eche sobre ella la subsistencia de la mujer y de los hijos: tal es la monogamia».

der la creación de un Estado moderno²⁸. Aunque en los años 30 se afiance el interés por el discurso de la mujer en el ámbito sociopolítico y, a pesar de que pensadores-as más progresistas reconozcan el potencial revolucionario de la emancipación de las mujeres²⁹, la tónica intelectual más asumida sigue proponiendo sus discursos en base a la teoría de las dos esferas. TOCQUEVILLE en 1837 alude a una supuesta igualdad sexual en la que cada sexo tiene una esfera de actividad determinada y respeta al otro, «adaptando esta realidad a la nueva economía»³⁰.

El discurso del papel social de la madre-educadora se origina en los siglos XVII y XVIII con las modestas reclamaciones de las mujeres que pedían educación para sus hijos, aunque no será hasta el siglo XIX cuando el Estado tome conciencia del sutil poder de transmisión ideológica que esta relación materno-filial implica. La iglesia católica propicia una educación femenina que promueva la piedad, invocando el poder de la instrucción sólo en función de su capacidad doctrinal y aleccionadora y promoviendo la transmisión de «las verdades de fe» a las futuras generaciones. Como veremos, los poderes burgueses y conservadores utilizan el discurso en su propio beneficio, de manera muy elástica, a lo largo de todo el siglo XIX.

«La sociedad se siente gravemente enferma y, llama a la mujer católica en su auxilio...»

«En la actual sociedad hay falta de fe, hay falta de moral, y hay sobra de egoísmo; y por tanto, véase ancho terreno donde la mujer católica puede desplegar su santa actividad, su fuerza de atracción... La sociedad os espera para coronaros. ¿Queréis venir? Harto mejor sera esto que el veros quizás algún día maldecidas por vuestros hijos, cuando ellos sean tristes víctimas de males que vosotras hubiéseis podido evitar»³¹.

En España, a partir de la Restauración, y desde los años 30, la intervención de la Iglesia en materia de educación es un factor importantísimo para entender su capaci-

28. Ver al respecto el mencionado artículo de KAREN OFTEN, «Liberty, Equaliyt and Justice for Women...», así como los artículos de NATALIE Z. DAVIS, «Un mundo al revés: las mujeres en el poder» y «Mujeres urbanas y cambio religioso», traducidos a nuestro idioma y dados a conocer en la obra *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Edición a cargo de James Amelang y Mary Nash, Ed. Alfons El Magnánim, Institució Valaenciana D' Estudis I Investigació, Valencia 1990.

29. La obra de MONTERRAT ROIG *Mujeres en busca de un nuevo humanismo*, Salvat, Temas Clave n.º 60, Barcelona, 1981, aunque de carácter divulgativo, nos acerca a los temas claves del feminismo contemporáneo; en el epígrafe «Los orígenes del feminismo en España» p. 13, la autora realiza una sucinta pero clara aproximación a las figuras claves del feminismo español: Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Clara Campoamor. Con respecto a esta última ver la obra *El voto femenino y yo*, La Sal, Barcelona 1981. En el libro de A.MARTIN MORENO, *Antología del feminismo*, Alianza Ed., Madrid 1975, se estudia también en uno de sus epígrafes «Los hombres que defendieron a la mujer» en el que se mencionan los escritos de, entre otros, José Francos Rodríguez, pp. 300-305.

30. KAREN OFTEN, *Op. Cit.*, p. 342. Al respecto de ALEXIS TOCQUEVILLE, comentar que en su obra *Democracy in América de 1837*, intentando apaciguar el miedo de los franceses al estilo de vida americano, por la supuesta libertad sexual de éstos, hace equiparable la división sexual con la división económica, racionalizando la primera y explicándola como correspondiente con la división: esfera pública (masculina)/esfera privada(femenina), cada sexo tiene un lugar que ocupar. Indirectamente como señala OFTEN, se está racionalizando la devaluación del trabajo femenino no productivo, ocultándose el valor, también económico, del trabajo doméstico.

31. DR. JUAN GONZALEZ, *Sermón sobre las tres coronas de la mujer católica*, Valladolid 1877, pp. 22 y23.

dad de adoctrinamiento y su poder sobre las conciencias. Se prepara a las mujeres para ser fieles esposas y buenas madres, la batalla librada en el país desde un siglo antes por la educación femenina «se ganó a un precio muy alto: el de la educación diferente». En nuestro país, el retraso temporal por la preocupación educativa viene de la mano del retraso cultural con respecto a otros países europeos aunque desde finales de siglo, España se incorpora al debate centrado en la cuestión educativa. «La polémica girará en torno a tres cuestiones capitales: centralización, secularización y coeducación y enfrentará a dos corrientes culturales: la tradicional, católica, conservadora, y la liberal, laica, burguesa»³². La intransigencia que ostenta la primera se suavizará desde los sectores católicos más avanzados «con el objetivo puesto en servir más eficazmente a la causa». Había que andarse con pies de plomo con respecto a la educación femenina porque implicaba profundas transformaciones en la estructura familiar y por ende, en la social. El «status» manifiestamente familiar en el que se cibe a las mujeres se va a manifestar fundamental para la nueva sociedad moderna. Interesará utilizar discursos de progreso distintos para varones y hembras, se pretende instruir a los primeros, mientras se desea educar a las segundas, evidenciando una diferencia básica de matiz entre ambos sexos, canalizando la instrucción de las mujeres hacia el sostenimiento de la célula familiar, futuro baluarte de la pacificación social, sirviendo, como veremos, de «acolchonamiento» en el grave problema de la indigencia y la asistencialidad.

Valladolid participa de esta visión de conjunto, en esta ciudad de conventos, la influencia de la Iglesia en todos los espacios sociales, incluido el de la educación, es fundamental. Resulta interesante mencionar cómo hasta 1886-1887, la preponderancia en la Universidad de licenciados en Teología es notoria, Valladolid, entonces cabeza de distrito universitario, sólo era superada en número de alumnos por la Complutense y la Universidad de Barcelona. La iglesia ejercía sobre la ciudad una especie de «tutela» intelectual que alcanzaba del púlpito en las iglesias al ámbito universitario, a través de textos, como los que nos ocupan. La «misión» social de las mujeres, «su predestinación social, su predestinación providencial», dentro de este discurso, es propagar y «hacer que se conserve la fe religiosa» siendo verdaderas «auxiliares de la Iglesia»³³ a lo largo de todo el siglo XIX. Para esta misión no exis-

32. Para profundizar en el contexto socio-histórico del proceso de la educación de las mujeres consultar la obra de ROSA M.^a CAPEL MARTINEZ, *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Ministerio de Cultura. Instituto de la Mujer, 2.^a Ed., Madrid 1986. Cap. 6, pp.305 y 314. Es interesante destacar la opinión que sobre la educación de la «mujer» ofrece en su sermón de apertura del curso académico el doctor DANIEL ZULOAGA Y SANTOS (No perdamos de vista el relevo intelectual y moral que ejercen estos profesionales a finales del siglo XIX, recogiendo, en gran parte, los paradigmas católicos y envolviéndolos con un halo de cientifismo), «No es mi ánimo estudiar si este movimiento (el deseo de la sociedad de instruirse e ilustrarse) se halla o no convenientemente dirigido, ni hasta que punto puede prestar benéfico influjo y dónde puede empezar a servir de rémora fatal para el progreso científico; si a él se deben la caótica confusión de las ciencias y el frío escepticismo en materias religiosas, o si por el contrario merced a su influencia el gusto científico se perfecciona y la fe religiosa se depura y aquilata... Encarnado este espíritu en todas las clases sociales, no podía ser la mujer la que menos impulso le diera... ¿había de permanecer extraña al movimiento intelectual, que caracteriza nuestra época? Rara vez, sin embargo se acomoda el corazón humano con suficiente abnegación a ocupar el modesto pero seguro y juicioso lugar que le deparan los términos medios; y el bello sexo, que tan fácilmente se deja guiar por su viva imaginación, corre desatado a traspasar los límites que le corresponden, proclámase en absoluto independiente, hace sonar la hora de lo que llama su emancipación social, y aspira, arrastrado por la más loca fantasía, a reemplazar al hombre en todos los negocios de la vida pública... ¡Ah! ¡sublime error...! La mujer debe educarse, la mujer debe instruirse para ser mujer; para aprender a labrar mejor su dicha haciendo el embeleso de sus padres y hermanos, la felicidad de su esposo y el adorno más preciado de la sociedad», pp. 7-8

33. D. JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p. 16

ten clases entre las mujeres, al fin y al cabo «todas» tenían una única función genérica que cumplir, la de la maternidad y en torno a esa diferenciación fisiológica se las unifica. En este sentido, aunque las mujeres más educadas —véase la diferenciación terminológica hecha anteriormente— pertenecían a las clases más favorecidas y ellas eran, como vimos, las probables receptoras del discurso, todas las mujeres podían estar incluidas, y de hecho lo estaban, en esta abstracción genérica...

«Ven, mujer católica, ven pronto: yo te lo pido en nombre de tu pobreza, si eres pobre; en nombre de tu riqueza si eres rica; en nombre de tus hijos, en nombre de la Religión y en nombre de la sociedad»³⁴.

Observamos, pues, que para la Iglesia está muy definida la vital importancia social de las mujeres como propagadoras, generación tras generación, de la doctrina y moral católica. La inferioridad, la debilidad, y la infantilidad que constantemente se les presupone en el sermón se ensalzan como virtudes porque equivalen a inocencia, desconocimiento y docilidad y facilitan el adoctrinamiento. Las estrategias de Don Juan González para convencer a las oyentes, hacen que abandone en ocasiones el lenguaje retórico y rimbombante para descender a una interlocución más simple, repleta de metáforas e imágenes, a veces «domésticas», a veces «heroicas», en una táctica para ganarse la complicidad de una audiencia que presuponemos, mayoritariamente femenina:

«Levántate de tu indiferencia, mujer católica; enciende la candela de tu fe, registra los rincones de tu casa, y límpialos de impiedad, cómo buscarías con la luz en la mano una joya perdida»³⁵.

Tratadas como a eternas menores, se traslucen, intermitentemente en el sermón, amenazas y regañinas para aquellas que no acepten este control moral ejercido por la Iglesia³⁶. Sin embargo, modelo y realidad debían de hallarse bastante alejados. «Las propias fuentes muestran su escándalo (el de los moralistas) por lo que consideran continuas transgresiones femeninas a los valores de pureza, discreción, subordinación y aislamiento, repetidas hasta la saciedad desde púlpitos, confesionarios y libritos de devoción»³⁷.

El hecho, en sí mismo inusual en España un siglo antes, de que estos discursos públicos que eran los sermones, se interesen tan especialmente por las funciones sociales de las mujeres, constata el gran interés y la valoración que el ámbito socio-político vallisoletano mostraba por incorporar ésta, ahora reconocida, «fuerza social» dentro de los engranajes socio-políticos del XIX. La iglesia y la burguesía de los negocios vallisoletanos habían sufrido grandes inseguridades y descalabros durante el sexenio revolucionario y necesitaban urgentemente la pacificación social, única realidad capaz de hacer prosperar la economía y por ende, el patrimonio. La

34. D. JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p. 14.

35. *Ibidem*, p.14.

36. Señalo además en el mismo discurso otras citas que confirman el tono recriminatorio del chantre hacia las mujeres que no sigan los dictados de la Iglesia, en el que no excluye, «chantajearles con la culpa filial al «veros quizás maldecidas por vuestros hijos...», «... la mujer católica ha de comprender que para ella no debe de haber asiento en esta orgía incesante, hacia la cual, ni aún cuando huye, debe volver la cabeza, so pena de transformarse, no en sal como la mujer de Lot, sino en estatua de fuego».

p.16

37. DOLORES RICART I SAMPIETRO, *Op. Cit.*, p. 65.

participación social de las mujeres se canalizará en función de ese objetivo fundamental, intentando desviar el controvertido tema de la emancipación femenina que, aún sin tener una gran difusión entre los/las vallisoletanos/as, estaba presente en la mente de todos tras el paréntesis feminista del Norte de Castilla, tribuna informativa de la ciudad. La iglesia, desde sus espacios de poder, divulgará un mensaje que le beneficiaba directamente en tanto que participaba del apoyo de la clase en el poder y podía, a través de las mujeres, conquistar su bastión por excelencia: la familia.

JUAN GONZALEZ, chantre de la iglesia metropolitana, y como tal, representante autorizado de la opinión de ésta en la ciudad, no es ajeno a la política que defiende unos intereses económicos determinados...

«... esa llaga abierta en la moderna sociedad, y que reclama con urgencia fijen en ella su atención las clases acomodadas. Estas saben ya que las revoluciones pueden fácilmente originarse cuando ellas se olviden de mejorar la condición material y moral de los pobres, y deben haber adquirido sobrado instinto político para no abandonar a elementos revolucionarios la misión de aliviar las desgracias de los miserables. La sociedad, en peligro por los sofismas con que se está pervirtiendo a la clase ínfima, necesita, a la mujer católica, tanto como la naturaleza ha menester del sol»³⁸.

El panorama social que ofrece el Valladolid de la segunda mitad del siglo XIX no es especialmente esperanzador: desempleo, inseguridad laboral constante, densa ocupación del espacio poblacional, condiciones higiénicas pésimas, pobreza y mendicidad —de 1885 a 1890 el padrón de pobres se triplicó—. El gobierno liberal, era especialmente lento en la atención de las demandas sociales pero no olvidaba que una excesiva presión de la población, sobre todo cuando ésta en su mayoría vive un período de precariedad económica, podía acarrear una desestabilización social tan seria que diese al traste con las expectativas de perpetuidad política. Más gestual que real, se hace eco del grave problema que vive la ciudad. Se hacía necesario un voluntariado asistencial que fuera capaz de mitigar la posibilidad de nuevas revueltas ya que, las medidas laborales asociadas a las obras públicas no eran suficientes para acotar la pobreza y la mendicidad. Las mujeres, definidas en el ámbito social y familiar como «cuidadoras y protectoras» por excelencia, serán, en parte, las encargadas de hacer frente a la situación no sólo en el ámbito familiar, en el que tradicionalmente ya cargaban con la tradicional atención a los más necesitados, sino también en el cuerpo social.

Mediante mensajes que se arropan en excelsos halagos y proféticas visiones sobre «la mujer» y que, en el fondo, están repletos de paralelismos que pretenden hacer utilizables las bases tradicionales desplegadas en torno al discurso sobre el ámbito privado en el «nuevo» discurso político -expresión pública por antonomasia, se oculta, la magnificación utilitarista de los roles considerados típicamente femeninos con fines únicamente ideológicos. En resumen, este discurso hace del espacio público una gran casa y de las mujeres, la abnegadas «madres» del conjunto social.

Las mujeres realizaban, funciones asistenciales múltiples en la ciudad, solían estar vinculadas a las parroquias y participaban en los diversos espacios donde la

38. DR. JUAN GONZALEZ, *Op. Cit.*, p. 21.

indigencia o la enfermedad eran absolutas protagonistas. Comenta ELENA MAZA³⁹ que el Hospital Municipal participaba de una febril actividad de beneficencia que estaba en manos de las que denomina «sufridas Hijas de la Caridad». En esta meritoria función socio-política, participaban religiosas pero no exclusivamente, además de éstas, la que mejor podía dedicarse a la asistencialidad —tanto en el sector benéfico público como particular— era «la mujer» perteneciente a las clases aristócratas y burguesas de la que PISONERO Y LOBATO⁴⁰, haciéndonos entender mejor su realidad, comenta que... «no trabaja ni fuera de su casa ni en ella, donde la asiste un ejército de servidores», con respecto a «la mujer» de clase media, clase que engloba gran variedad de mujeres y realidades distintas, nos dice que: «carece de conciencia de clase, cree que el trabajo envilece». Para algunas, la disponibilidad de tiempo era grande, esta función asistencial podía canalizar sus esfuerzos y hacer meritoria sus obras, prestigiándoles socialmente, jugando, al mismo tiempo, una baza política importante de la que probablemente no eran conscientes, aminorando, con un coste económico mínimo, uno de los más acuciantes problemas de la ciudad: el trinomio pobreza - mendicidad - enfermedad.

De esta forma, además de afianzarse la influencia de la Iglesia sobre las clases altas vallisoletanas, que tenía en las mujeres una fuente inagotable de influencia ideológica, el discurso se articulaba institucionalmente a través de asociaciones, hermandades y hospitales, apoyados, presuponemos, la mayoría de las veces, por el mayoritario esfuerzo asistencial de las mujeres⁴¹.

No debemos perder de vista que la complejidad que adquiere el discurso eclesiástico, por otra parte, muy generalizado en todo el país, se apoya en la teoría de la «diferenciación de las esferas» y que ésta a su vez surge de la proyección interesada de una realidad cultural que hunde sus raíces más profundas en las relaciones que articula el género, relaciones de poder de un sexo sobre otro y que sustentan el sistema político y económico del Liberalismo.

REFLEXION FINAL

Los significados de hombre y mujer se obtienen de reciprocidades⁴², la concepción de «lo femenino» se basa y, aparece en los textos, en relación con «el otro», que, no sólo es contrario sino superior. Esta interrelación dicotómica se sentencia como «natural», con raíces biológicas⁴³ y en consecuencia, inmutable, lo que ha

39. ELENA MAZA ZORRILLA, *Op. Cit.* p.398.

40. M.^a PISONERO GARCIA y M.^a DOLORES LOBATO VILLENA, «Rechazo y obligatoriedad del trabajo de la mujer, en «El Norte de Castilla» del siglo XIX» En, *Jornadas de investigación interdisciplinaria de 1984*, Universidad Autónoma, 1986, pp. 267-268.

41. El presente trabajo, como comentamos, supone un acercamiento al concepto género e ideología religiosa en el siglo XIX; basado, como está, en fuentes escritas (sermones, discursos) pretende ofrecer «pistas», referencias y argumentaciones que nos hablen de «la realidad de pensamiento» de la Iglesia y de ahí que, intrínsecamente, se plantee como parcial. La confirmación de alguna de sus propuestas queda abierta a futuros trabajos sobre fuentes documentales paralelas que nos acerquen a valoraciones cuantitativas y cualitativas. MONTSERRAT CARBONELL I ESTELLER, Universidad de Barcelona, está trabajando en este sentido en la Historia de Cataluña, con las fuentes para la Historia de las Mujeres disponibles en los Archivos Asistenciales de los siglos XVI al XVIII realizando una encomiable labor.

42. J. W. SCOTT. *Op. Cit.*, p.131.

43. GISELA BOCK, en la otra citada comenta al respecto: «La biología es una metáfora moderna de la antigua presunción de que los hombres no son seres genéricos y las mujeres sí lo son, de que los hombres constituyen «el sexo por excelencia» y las mujeres son «el otro sexo» o incluso, «el sexo». Esta pre-

equivalido durante muchos siglos a incuestionable. Se contruye así una femineidad normativa en la que la virtud moral es sinónimo de pureza, castidad y acatamiento, la inferioridad física e intelectual implica sobreprotección y autoridad masculina e incapacidad para realizar trabajos remunerados (realidad desmentida por las mujeres de las clases coetáneas más desfavorecidas), la maternidad, se entiende como destino y se hace extensible, en el siglo XIX, a la sociedad entera, la domesticidad es reclusión y la subjetividad se asocia con la desmedida imaginación, la hipersensibilidad nerviosa y en última instancia, con la falta de control sobre sí misma.* «La percepción actual de los sexos y los términos empleados para describirlos son, en

sunción implica un juicio de valor. No es la anatomía la que trae consigo una remuneración inferior...sino la cultura en forma de biología, de juicios de valor biológicos. Ciertas diferencias físicas son utilizadas para legitimar relaciones sociales, y sobre todo, relaciones de poder pre-existentes». (Mí subrayado). Daniel de Zuloaga presenta su discurso con una interesantísima visión de la condición de la mujer a lo largo de la Historia, bajo la visión típicamente historicista del siglo XIX, sólo, curiosamente, con la llegada del cristianismo propone que ha dejado de ser, poco menos que una esclava, para encontrar un lugar (el que le corresponde como madre y esposa), a la vez que Zuloaga, retoma el lenguaje de la Iglesia, desarrolla el núcleo de su argumentación protegido por la autoridad que le concede el ámbito de la Ciencia. IDA BLOM (*Op. Cit.* p. 6) señala : «During the 19th century theology was supplanted by the natural sciences and Darwinism. Biology, and in the 20th century socio-biology, has been the stronghold of theories maintaining the unchangeable and natural nature of gender differences, as well as in certain theories of racial differences». Daniel De Zuloaga y Santos, coincide, básicamente, con los presupuestos de D. Juan González, este dato es de capital importancia, máxime si el primero, apoyado en la «incuestionable» palabra médica, intenta crear un discurso más complejo pero igualmente discriminatorio. La versión «cientifista», es intelectualmente más difícil de rebatir en el siglo XIX, no olvidemos que la palabra del médico a finales de siglo supone un relevo de la autoridad intelectual (y moral) del sacerdote. Sus palabras son eco del biologicismo imperante: «En razón a su menor capacidad digestiva la mujer soporta mejor el hambre» p. 42 «En éstos hechos fisiológicos (su pecho se dilata más en sentido horizontal como lo prueba la marcada alternancia de elevación y descenso de la glándula mamaria) encuéntrase la razón de la tolerancia mayor de la mujer para la vida sedentaria y para respirar el aire confinado de los salones» p. 44. «... la pequeñez de los omóplatos», la redondez de los brazos, lo delicado de las manos... caracteres que, unidos a la inseguridad en la progresión y la tendencia al contoneo, que nace de la amplitud de la pelvis y de la oblicuidad del fémur, demuestran que este ser... no ha sido destinado a tomar parte en los trabajos que exigen una gran fuerza, los cuales repugnan a su organización y son un verdadero atentado contra la salud» p. 47. «... porque lo que la Historia y la Filosofía solamente como excepción conceden a la mujer, la Anatomía y la Fisiología rotundamente se lo niegan, amenazándola con el ineludible castigo que la naturaleza impone a todo el que osado y audaz quebranta sus leyes más misteriosas» p. 61. «El examen anatómico-fisiológico confirma que las diferencias principales entre uno y otro sexo no proceden únicamente del imperio de los hábitos, ni de la educación física o moral; antes bien, estas divergencias de mero accidente deben subordinarse a las más esenciales, que estrictas en la organización del encéfalo y sus dependencias y en la estructura y oficio de los órganos genitales» p. 56. Respecto al relevo del discurso eclesástico resulta interesantísima la introducción, típicamente historicista, que ofrece de la condición de la mujer a lo largo de la Historia, de la que sólo ofrecemos algunas citas dada su extensión: «El triunfo del Cristianismo fue el triunfo de la mujer, porque sus preceptos enseñaron a respetarla y a la vez porque con las virtudes que de él aprendió, supo la mujer mostrarse digna de que se la considerase como un ángel en la tierra» p. 23. En este mismo sentido señala al finalizar su discurso: «la mujer (estad seguros de ello) gozando del cariño y consideración..., no pretenderá más emancipación, que la que disfruta dentro de la familia ilustrada y religiosa...» p. 64.

* DANIEL DE ZULOAGA Y SANTOS, *Op.Cit.*: «No es, por desgracia, frecuente que la imaginación de la mujer se halle moderada por la reflexión, ni que su impresionabilidad consienta la permanente atención que reclaman los trabajos de la inteligencia... rara vez consigue el equilibrio de las funciones intelectuales...» pp. 30 y 31. «... inútil será refrenar el vuelo de la fantasía porque la viva susceptibilidad de su sistema nervioso priva a la voluntad de todo su imperio...» p. 31. «... la Filosofía y la Historia lo confirman (respecto a la mujer inteligente); ese ser venturoso no es mujer: es un genio; es la excepción..., lo general, lo ordinario, lo que debe servir de gama a toda clase de estudios de aplicación a la mujer es que en ella predominan el elemento afectivo sobre el intelectual» (Mí subrayado) pp. 36 y 37.

El siglo XIX, férreo defensor del empirismo, supone una vuelta al hito ancestral que, arropado por la nueva ideología de clases, activa un doble criterio de salud para las mujeres: por una parte, la excesiva debilidad y consiguiente postración de la mujer burguesa, y por otra, la salvaje fortaleza y por ende, desa-

gran parte, producto de la Cultura, de la Ciencia y de las propias relaciones entre los géneros, especialmente desde el siglo XVIII⁴⁴. El siglo XIX, ha afianzado y extendido una percepción que supone que las visibles diferencias físicas son necesariamente diferencias psicológicas y sociales. El propósito específico de esta aparente oposición femenino-masculino es «mantener el orden en la sociedad, asegurando la división del trabajo, asegurando la jerarquía de poder»⁴⁵. Lo que se manifiesta, es que el género, como categoría de análisis es fundamental para explicar que no sólo las diferencias biológicas han sido construidas culturalmente sino cómo este discurso básico, que ha ido evolucionando históricamente según los intereses sociopolíticos y económicos, se utiliza para mantener, trastocar o afianzar el poder.

A veces, como en los textos que nos ocupan, el discurso conservador y no sólo éste, encubre bajo una superficial adulación de «lo femenino» la pretensión de hacer de las mujeres un apoyo ideológico fundamental en la pacificación política y social, canalizando su incipiente deseo participativo hacia ese fin. Se realiza, a través de ellas, una completa labor de orden ideológico:

A nivel económico, el liberalismo burgués propone mantener las esferas pública y privada como base del sistema de relaciones, no sólo sociales, sino también laborales. Este sistema político tendrá que hacer frente a sus contradicciones; necesitando mano de obra barata no dudará en utilizar la fuerza de trabajo de mujeres y niños por ello, propondrá para «la mujer de la clase obrera» un discurso al mismo tiempo paralelo y contradictorio⁴⁶ que, por excepcional, no cuestionará al anterior. La iglesia, coaligada con el sistema en el poder, participa básicamente de estas directrices.

A nivel político, esta burguesía y la Iglesia se asocian para afianzar su respectivo poder sobre la sociedad, respaldando, de forma común, todo un sistema de comportamiento. En el caso de las mujeres, ya vimos cómo el rol maternal se lleva «ad extremum» en beneficio de unos intereses políticos que pretenden hacer de ellas colaboradoras (trabajadoras) no asalariadas de las instituciones asistenciales, siendo sin saberlo, verdadera espina dorsal de la trama de pobreza de la edad contemporánea.

A nivel religioso-ideológico, la Iglesia es fundamental en la transmisión de un modelo de mujer recatada, dócil y doméstica, fácil de manipular y capaz de transmitir a su progenie los valores de jerarquización de la sociedad, valores en razón de género, clase y raza. Ella era también, e indisolublemente, perpetuadora de la moral católica, única capaz de redimirle del pecado de Eva. Los sermones la conducen hacia una angustiada carrera de méritos por anular el sentimiento de culpa, a la vez que reclinan la cabeza, en acto de «justificada» gratitud, hacia su salvadora: la Iglesia. En una época convulsiva y de cuestionamiento de las verdades religiosas —y de las irregulares actuaciones de sus doctores— uno de los objetivos eclesiásticos más

tención de la mujer obrera, que es considerada, además, por su pertenencia de clase y de género, un individuo contaminador. Recomiendo al respecto la lectura de las obras de CARMEN SAEZ BUENAVENTURA, «Salud y enfermedad física en la mujer», *Desde el feminismo*, n.º 1, 1986, pp. 46-59. y BARBARA EHRENREICH-DEIRDRE ENGLISH, «Dolencias y trastornos. Política sexual de la enfermedad» *Cuadernos Inacabados*, n.º 1, La Sal, 1988. (Obra original publicada en 1973).

44. GISELA BOCK, *Op. Cit.*, p.13.

45. IDA BLOM, *Op. Cit.*, p.16.

46. La categoría de género femenino no es una sino varias, por eso las teorías generan imágenes confusas y contradictorias, para entender mejor esta propuesta es interesante acercarse al trabajo de JOAN KELLY titulado «Did Women Have a Renaissance?», *Women, History, and Theory*. Chicago, The University y Chicago Press. 1984. IDA BLOM por su parte, propone no olvidar que «Both genders consist of a multitude of different individuals, to be subgrouped at least according to class and race, but also according to rural-urban dichotomies, according to age group and civil status». p. 17

firmes es ejercer, a través de las mujeres, la «santa influencia» capaz de impulsar un nuevo acercamiento de los Hijos con la Madre Iglesia.

Una parte importante del mencionado protagonismo asistencial de las mujeres estuvo asociado a las iglesias vallisoletanas mediante cofradías, asociaciones católicas etc. La Iglesia era, en definitiva la gran impulsora del discurso asistencial, adalid de un doble lenguaje que igualaba bien cristiano con bien social, institucionalizando una red de beneficencia propia aunque, complementaria, de las mermadas instituciones asistenciales del gobierno local⁴⁷.

El discurso religioso por otra parte, se erigía en único aglutinante «neutral» capaz de hermanar —bajo los intereses de las clases dominantes— a todos los demás estamentos de la sociedad, se publicitaba interclasista para con las mujeres ofreciendo como argumento la función que a todas ellas iguala, la de madres-transmisoras. Bajo esta idea se esconde un fuerte deseo político por amortiguar, a través de las mujeres, las desavenencias entre clases. Interesaba reconocer a las mujeres como agentes pacificadores. Aquietamiento social era sinónimo de prosperidad, tanto para la Iglesia como para la burguesía local; a una, podía allanarle el camino para ejercer su influencia doctrinal sobre la población, a la otra, le era imprescindible para restablecer la prosperidad económica y atajar las reivindicaciones de los más pobres y marginados. En esta misma línea, la Iglesia, desde otro frente, participará en los intentos docilizadores de los obreros a través de las asociaciones católicas surgidas, como nuestros sermones, a finales del siglo XIX, en apoyo de la pacificación social⁴⁸.

No sería plausible llegar sólo a través de unos discursos, a conclusiones definitivas. El modelo de «mujer» que se ofrece es muy desasosegante desde criterios contemporáneos. Los sermones, como documentos de pensamiento que son, crean abstracciones sobre lo femenino donde se combinan íntimamente deseos, realidad social, prejuicios de género y corrientes de pensamiento coetáneos, dando como resultado una imagen desoladora y parcial: la mujer es un ser dócil, poco capacitado para lo intelectual, reo de su propia biología y pasiones, recluida en el espacio familiar y manipulada por los intereses políticos y religiosos en el espacio público. Sin embargo, hemos de ver más allá del discurso patriarcal, victimista por antonomasia, para poder superarlo. Este discurso es insatisfactorio pero generó un reconcimiento —a veces desmedido— del valor de la maternidad, propiciándose un cierto reforzamiento social de las mujeres⁴⁹. Desde el estudio del género como categoría de análisis se amplían infinitamente las interrelaciones que mantienen los sujetos históricos —mujeres— con la realidad política y social de una Historia que busca ser total. A

47. ELENA MAZA ZORRILLA, *Op.Cit.* Aunque, como señala la autora, existe una total desconexión entre las instituciones privadas y las públicas a lo largo de la segunda mitad de siglo se atestigua una progresiva voluntad por unificar fuerzas. «De los planteamientos exclusivistas por parte del Estado en los comienzos del nuevo orden liberal, pretendiendo incluso desembrazarse de los centros benéficos privados, hemos pasado a una convivencia en las tareas asistenciales... El tercer paso tiene lugar en el último cuarto del siglo XIX, fase en que se estrena, en el caso de Valladolid, una nueva política asistencial basada en una conjunción de esfuerzos entre los poderes públicos... y la iniciativa privada» p. 402.

48. Ver al respecto el artículo anteriormente citado de RAFAEL SERRANO GARCIA.

49. NATALIE Z. DAVIS cita en su artículo «Mujeres Urbanas y Cambio Religioso» a Nancy Roelker que, apoyando esta tesis, considera que las mujeres hugonotas, ya bastante independientes, «encontraron en la causa de la Reforma un modo de engrandecer sus actividades (por la conversión de sus parientes, la protección de los pastores, el apoyo económico, el consejo oportuno a los dirigentes varones, etc), mientras conservaban al propio tiempo sus identidades femeninas». «Del modo similar, (comenta Davis) Patrick Collinson cree que fue la educación y la relativa libertad de la vida social, lo que preparó a las damas y a las esposas de los mercaderes ingleses para responder positivamente al puritanismo en el siglo XVI» p. 130.

través de este nuevo parámetro metodológico observamos cómo se construyen diferencias y jerarquías tanto para las mujeres como para los hombres, analizando no sólo el poder de éstos sobre las mujeres sino también el poder de las mujeres sobre los hombres, sus relaciones y reciprocidades con las estructuras socio-económicas y políticas.

La construcción de género es múltiple, en nuestro trabajo se observa que la argumentación simbólica se ciñe a las mujeres de clases altas y medias, esta edificación lingüística y metafísica atiende tanto a la propia área de experiencia de las mujeres —el hogar, el cuidado de los hijos e hijas— como al contexto socio-político que realmente ocupan. Este espacio de poder que se cede es utilizado por las mujeres en apoyo de su importante papel social, IDA BLOM analizando la idea victoriana sobre la mujer señala que «las mujeres eran vistas no sólo como importantes guardianas de la cultura (en nuestros textos, guardianas de las verdades religiosas, las verdades morales y el comportamiento social) sino también como refinadoras de los primitivos instintos masculinos y responsables de «controlar» la bestial naturaleza de los hombres»⁵⁰. Siguiendo esta línea argumental podemos además preveer cómo este discurso sobre el apoyo a la asistencialidad social a los menesterosos hizo posible que muchas de ellas pudieran acceder al espacio público y conquistar parcelas de responsabilidad social y mayor movilidad espacial. Es inevitable por otra parte, proponer líneas de investigación que sondeen la posibilidad de que sus voces, tuvieran, en ocasiones, un acento propio ante la precaria situación de los más necesitados.

Son innumerables las posibilidades de acercamiento histórico a la realidad de las mujeres del siglo XIX, consideramos muy importante poder introducir en la investigación, desde otra óptica, la especificidad del espacio asistencial —en el que un dato a tener en cuenta es el de la feminización de la pobreza y la peculiaridad que añade esa realidad al estudio de la ayuda social⁵¹. En el amplio abanico que engloban las instituciones caritativas y asistenciales —de la marginalidad vivida a la asistencialidad protagonizada— las mujeres son una presencia fundamental y protagonista en toda la Historia Moderna y Contemporánea.

50. IDA BLOM, *Op.Cit.*, p. 10.

51. Ver, MONTSERRAT CARBONELL, *Op.Cit.*, p. 3.